

VII

Muchas veces, después de leer poetas de esta edad, he permanecido inclinado sobre las estampas contemporáneas, diciéndome que el hombre, en espíritu y en cuerpo, no era entonces el mismo que vemos hoy. También tenemos pasiones nosotros, pero no somos ya bastante fuertes para soportarlas. Nos desconciertan: no somos ya poetas impunemente. Alfredo de Musset, Enrique Heine, Edgardo Poe, Burns, Byron, Shelley, Cowper, ¿cuántos citaré? El tedio, el embrutecimiento y la enfermedad, la incapacidad, la locura y el suicidio, y, en el caso mejor, la excitación permanente y la declamación febril: he ahí en lo que viene á parar hoy ordinariamente el temperamento poético. Los arrebatos del cerebro consumen las entrañas, secan la sangre, atacan la medula, sacuden al hombre como una tempestad, y la armazón humana, tal y como nos la han dejado las manos de la civilización, no es ya bastante sólida para resistir contra eso mucho tiempo.

Estos otros hombres, educados con más rudeza, más acostumbrados á las intemperies, más endurecidos por los ejercicios corporales, más acorazados contra el peligro, duran y viven. ¿Hay en el día alguien que pudiese soportar la tempestad de pasiones y de visiones que agitó á Shakespeare, y concluir, al modo que él, como un buen hombre sesudo y acomodado en

su tierrecita? Eran más firmes los músculos y menos prematuro el desfallecimiento. La concentración intensa de la atención, las semialucinaciones, la angustia y el anhelo del pecho, el estremecimiento de los miembros que se disponen involuntaria y ciegamente á la acción, todos los dolorosos impulsos que acompañan á los grandes deseos, los agotaban menos que á nosotros; por eso tenían durante mucho tiempo grandes deseos y eran más arrojados. D'Aubigné, herido de varias cuchilladas, creyendo morir, hizo que le atasen á su caballo para volver á ver otra vez á su dueña y señora; corrió así varias leguas desangrándose y llegó desvanecido. He ahí los sentimientos que adivinamos hoy aun en sus pinturas, en esa mirada firme que se clava como una espada, en esa fuerza del espinazo que se dobla ó va á torcerse, en la sensualidad, en la energía, en el entusiasmo que se trasluce al través de sus ademanes y sus miradas. He ahí el sentimiento que descubrimos hoy aun en sus poesías, en Greene, en Lodge, en Jonson, en Spenser, en Shakespeare y en Sidney, como en todos los demás. Se olvidan pronto las faltas de gusto que le acompañan, las afectaciones, aquella extraña jerga. ¿Es realmente tan extraña? Suponed un hombre que con los ojos cerrados ve distintamente el adorado semblante de su dama; que le tiene presente todo el día; que se altera y se estremece figurándose alternativamente su frente, sus ojos, sus labios; que no puede ni quiere desechar su visión; que cada día se absorbe más en esa contemplación vehemente; que á cada instante le atormentan mortales angustias ó le ponen fuera de sí raptos de dicha. Ese hombre perderá la noción exacta de las cosas. Una idea fija llega á ser una idea falsa. A fuerza de mirar un objeto bajo todo sus

aspectos, de darle vueltas y más vueltas, de penetrar en él, se le deforma. Cuando no se puede pensar en una cosa sin ofuscación y sin lágrimas, se la agranda y se la atribuye una naturaleza que no tiene. Desde ese punto y hora las comparaciones extrañas, las ideas alambicadas, las imágenes exageradas pasan á ser naturales. Por lejos que vaya ese hombre, toque el objeto que quiera, no ve por ninguna parte en el universo más que el nombre y las facciones de Stella. Todas sus ideas convergen ahí. Es atraído eterna é invenciblemente por el mismo pensamiento, y las comparaciones que parecen lejanas no hacen más que expresar la presencia continua y el poder soberano de la imagen que le asedia. Stelle está enferma, y á Sidney le parece «que la alegría inseparable de sus ojos llora en ella (1)». Esta frase es absurda para nosotros. ¿Lo es para Sidney, que durante horas enteras se ha embebido en la expresión de esos ojos; que ha acabado por ver en ellos todas las bellezas del cielo y de la tierra; que á su lado juzga pálida toda luz, é insulta toda felicidad? Reflexiónese que en toda pasión extrema se invierten las leyes ordinarias; que nuestra lógica francesa no es juez en la materia; que aquí se ven afectaciones, puerilidades, genialidades, crudezas, locuras, y que los estados violentos de la máquina nerviosa son como un país desconocido y extraordinario donde no podrán penetrar nunca el sano juicio y el sano lenguaje. A la vuelta de la primavera, cuando Mayo extiende sobre el suelo su tapiz matizado de flores nuevas, Astrofel y Stella van á sentarse en una arboleda umbría, en medio del suave ambiente, lleno

(1) And Joy which is inseparable from these eyes,
Stella, now learns (strange case) to weep in thee.
(Soneto 101.)

de rumores de pájaros y de dulces emanaciones. El cielo sonríe, las hojas se estremecen besadas por el viento, los árboles inclinados enlazan su ramaje henchido de savia, la amorosa tierra aspira con avidez el agua temblorosa. De hinojos, con el corazón palpitante y oprimido, le parece que su dama se transfigura; «su alma juvenil vuela hacia Stella, su carónimo»; Stella, «soberana de su pena y su alegría»; Stella, «en quien derramó toda su luz el cielo del amor»; Stella, «cuya voz, cuando habla, trastorna los sentidos»; Stella, cuya voz, cuando canta, suscita la visión de los ángeles». Esos gritos de adoración son como un himno. El escribe diariamente los pensamientos de amor que le agitan, y en ese largo diario proseguido durante cien páginas, á cada instante se siente crecer la llama abrasadora. Una sonrisa de ella, un rizo que el viento levanta, un ademán, son acontecimientos. La pinta en todas las actitudes; no se sacia de verla. Habla á las aves, á las plantas, á los vientos, á la naturaleza toda. Pone el mundo entero á los pies de Stella. Con la idea de un beso desfallece. «Mi corazón saltará á los labios para besar esas rosas perfumadas por la miel de la voluptuosidad, esos labios que entreabren sus rubíes para descubrir perlas.»

Encierra magnificencias orientales el soneto deslumbrador en que pregunta por qué están pálidas las mejillas de Stella: «¿Dónde fueron las rosas que arrebatában nuestros ojos? ¿dónde las mejillas bermejas en que la virtud ruborosa se encendía con la regia librea del pudor? ¿Quién robó á mis cielos de la mañana su vestido de púrpura?» «Su vida se consume á fuerza de pensar.» Agotado por el éxtasis, se detiene. Después, «como el sátiro que, al traer el fuego Prometeo, fué á besar la llama muy gozoso, y huyó profiriendo insen-

satos gritos por campos y por bosques, sin lograr calmar la aguda punzada del divino elemento», así él, de unos pensamientos en otros, va buscando el alivio de su herida. Por fin torna la calma, y, durante ese respiro, el espíritu ágil y brillante revolotea como llama retozona en la superficie de la profunda hoguera amortiguada. ¿Me atreveré á traducir esos sueños de enamorado y de pintor, esas encantadoras visiones paganas y caballerescas en que Petrarca y Platón parecen haber dejado su recuerdo? ¿Podré traducirlas? Salid un momento de nuestra lógica lengua, y penetrad en la gracia y el donaire al través de la aparente afectación (1):

«Bellos ojos, dulces labios, corazón querido, ¡insensato de mí! ¡esperar gozar de vosotros con auxilio del Amor, cuando él mismo se apropia vuestros dones donde halla su fuerza principal, sus exquisitos juegos, su apacible retiro!

»Porque, si alguien ve que se atreve á contradecirle, con esos ojos mira; y al punto sus armas deponen á los pies del Amor todas las almas, considerándose dichosas si por ella las permite morir.

(1) Faire eyes, swete lips, deare heart, that foolish I
 Could hope by Cupids helpe on you to pray;
 Since to himself he doth your gifts apply,
 As his main force, choice sport, and easefull stray.
 For when he will see who dare him gainsay,
 Then with those eyes he lookes; by and by
 Each soule doth at Loves feet his weapon lay,
 Glad if for her he give them leave to die.
 When he will play then in her lips he is,
 Where blushing red, that Love selfe them doth love,
 With either lip he doth the other kisse.
 But when he will for quiet sake remove
 From all the world, her heart is then his rome,
 Where well he knowes, no man to him can come.
 (3.º soneto.)

»Cuando anhela jugar, á esos labios se dirige, y ruboroso, avergonzado de amarlos, con cada labio besa al otro.

»Mas cuando anhela apartarse del mundo en busca de reposo, ese corazón es el retiro, donde bien sabe que no habrá de encontrarle ningún hombre.»

Todo está prendado aquí, el corazón y los sentidos. Si los ojos de Stella le parecen más hermosos que todas las cosas del mundo, su alma le parece «aún más hermosa que su cuerpo». Es platónico cuando dice que la virtud, queriendo hacerse amar de los hombres, tomó la forma de Stella para cautivar sus ojos, «y hacerles descubrir ese cielo que el sentido interior revela á las almas heroicas». En él se reconoce la plena sumisión del corazón, el amor erigido en religión, la pasión perfecta que no desea más que creer, y que, al modo de la piedad de los místicos, se reputa siempre demasiado pequeña cuando se compara con el objeto amado. «Mi juventud se consume; mi saber no da á luz más que futilidades. Mi espíritu se afana en defender una pasión, que, en recompensa, le aniquila con sufrimientos estériles. Yo veo que mi carrera me precipita á mi perdición; lo veo, y, sin embargo, mi mayor sentimiento es no perder más por Stella.» Al fin, como Sócrates en el *Banquete*, vuelve los ojos hacia la Belleza inmortal (1), luz celeste que atraviesa las nubes, y al par que resplandece da la vista. «¡Oh! fija ahí tus ojos. Sea esa luz tu guía en esta breve carrera que desde el nacimiento nos conduce á la muerte.» Al amor terrestre ha sucedido el amor divino; preso antes, ahora rompe sus ligaduras. En tal nobleza, en tan altas aspiraciones se descubre una de esas almas serias

(1) Ultimo soneto, pág. 490.

como tantas que hay en ese clima y esa raza. Al traves del paganismo reinante, se revelan los instintos espiritualistas, y forman platónicos, interin forman cristianos.

VIII

Sidney no es más que un soldado en medio de un ejército; en torno de él existe una multitud de poetas. Doscientos treinta y tres se calculan, sin incluir los dramaturgos, en cincuenta y dos años (1), y entre ellos hay cuarenta de genio ó de talento: Breton, Donne, Drayton, Lodge, Greene, los dos Fletcher, Beaumont, Spenser, Shakespeare, Ben Jonson, Marlowe, Wither, Warner, y otros más, como Davison, Carew, Suckling, Herrick; se cansaría uno de enumerarlos. Hay un enjambre, como á la sazón en la heroica y católica España; y aquí, como en España, su profusión es un signo del tiempo, testimonio de una necesidad pública, indicio de un estado extraordinario y pasajero del espíritu. ¿Qué estado de espíritu es ese que por todas partes provoca y lleva á gustar la poesía? ¿Qué es lo que infunde vida en las obras? ¿A qué se debe que, aun en los inferiores, al través de las pedanterías y torpezas, entre crónicas rimadas

(1) Nathan Drake, §10. *Shakspeare and his times*. En esos doscientos treinta y tres poetas no se cuentan los autores de composiciones aisladas, sino los que publicaron y coleccionaron sus obras.

ó diccionarios descriptivos, se encuentren pinturas brillantes y verdaderos acentos de amor? ¿A qué se debe que, agotada esa generación, acabe en Inglaterra la verdadera poesía, como en Italia y en Flandes la verdadera pintura? Se debe á que ha aparecido y desaparecido un momento del espíritu, el de la concepción espontánea y creadora. Esos hombres poseen sentidos nuevos, y no llevan teorías en la cabeza. Así, al pasarse, experimentan distintos sentimientos que nosotros. ¿Qué es una salida de sol para un hombre común? Una mancha blanca en el confin del cielo, entre trozos de tierra y fragmentos de caminos, que no ve ya porque los ha visto mil veces. Para ellos, todas esas cosas tienen un alma, con lo cual quiero decir que sienten en sí mismos el vuelo y las sinuosidades de las líneas, la fuerza y los contrastes de las tintas, y la sensación dolorosa ó deliciosa que se desprende de esa amalgama y de ese conjunto como una armonía ó como un grito. ¡Qué triste es ese sol cuando se levanta envuelto en niebla «sobre los sombríos surcos»! ¡Qué aire de resignación en esos añosos árboles, que chorean con la lluvia nocturna! ¡Qué febril tumulto en el tropel de las olas, cuyas «melenas descompuestas» se retuercen sin cesar en la superficie del abismo! Pero la gran antorcha del cielo, el dios luminoso, se despeja y brilla. La hierba alta y flexible, las praderas siempre verdes, las dilatadas copas de las encinas, todo el paisaje inglés, incesantemente renovado y abrigado por la abundancia de agua, ostenta su inagotable frescura. Esas praderas, esmaltadas de blancas y rojas flores siempre húmedas y lozanas, sueltan su velo de dorada bruma, y aparecen de pronto tímidamente como bellas vírgenes. Allí está la primavera, que brota antes de la llegada de la golondrina; el jacinto de los